

Juan Valencia



Las tareas

Siempre me ha llamado la atención que la enseñanza no se preocupe de los papis. En los planes de estudios figura toda clase de materias, desde por ejemplo, saber sumar o restar hasta transmitir un programa de televisión desde la Luna y ¡en colores!.

En los colegios y en las universidades olvidan a un personaje para mí muy importante y agregaría que es la base de toda educación, me refiero a los papás. ¡Nadie le enseña a nadie a ser papá! El hombre se casa y tal como lo he manifestado en diversas ocasiones, los verdaderos problemas se inician con la llegada del primer crío; se elevan al cuadrado cuando aparece el hermanito y la progresión se mantiene con el resto de los macacos.

Estos problemas, además, se duplican cuando los chicos comienzan a ir al colegio, veamos algunos:

Las mamás, pese a estar llenas de amor y ternura por sus amorcitos, les tienen una desconfianza bárbara a su capaci-



dad mental, y cada vez que el cabro aparece con un tres en los cuadernos, le dictan un sermón de más de tres horas: cuando llega el marido lo llaman aparte y le plantean el problema con ribetes de tragedia griega.

— “M’hijito, fíjate que el niño trajo una prueba y le pusieron un tres, estoy desesperada, ¿qué crees tú?”

Nosotros no creemos nada, simplemente el cabro se sacó un tres y nada más.

Pero el problema sigue con

varias proposiciones y escuchamos:

“Esa profesora no me dio confianza desde el primer día”.

“El colegio no parece ser de los mejores, la María Eugenia no tiene ningún problema con el Totó”.

“Al niño le pasa algo, nunca fue así, ¿crees que sería bueno llevarlo al médico, un psicólogo, por ejemplo?”

Esto del médico psicólogo lo tienen bien pegado algunas mamás modernas, que no pue-

den comprender o aceptar que su crío sea normal.

Y el pobre papá defendiendo al excampeón:

— ¡Pero mujer! el tres se lo sacó en una prueba cualquiera, no es nota trimestral, menos final; además, el hijo está en tercero básico y no en la Universidad.

De todas maneras quedamos inscritos para repasar los estudios todas las tardes con este candidato al diván del psiquiatra.

Y laparecen otros problemas!

Método Cuisenaire, teoría de los conjuntos son novedades modernas que tenemos que tratar de aprender nosotros antes de hacer el ridículo, mientras nos preguntamos ¿por qué cambiarían la cuestión?

En lectura o ciencias sociales, las palabras nos quedan chicas o demasiado grandes; total, el discípulo nos mira como si fuéramos tarados, sin comprender lo que nosotros no podemos explicar con un lenguaje que él comprenda (¿está claro?).

Si el cabro es preguntón, estamos sonados; veamos:

— “Papá, aquí en el libro de ciencias naturales dice que la falta de vitaminas produce una enfermedad que se llama escorbuto y se nota por la caída de los dientes y del pelo.

¿Tú tienes escorbuto?

— “No hijo, yo soy viejo y la caída de dientes o cabello pueden ser problemas de ascendencia...”

— “¿Qué significa ascendencia?”

— “Bueno, ascendencia quiere decir nuestros padres, abuelos, bisabuelos; si ellos fueron pelados, esta característica se dice que es hereditaria.

— “¿Así que yo seré pelado también?”



— “Puede o no puede ser, la teoría de Mendel...”

— “¿Quién era Mendel? ¿También era pelado y se le caían los dientes?”

— “Mendel era un monje, no sé si era pelado...”

— “Si era monje, no estaba casado ¿cómo estudiaba la teoría de los pelados?”

En este punto, se nos acaba la paciencia y con toda pedagogía pegamos un grito y volvemos a la lección para que en tres minutos debamos lanzar otro grito y, al final, el chico se retira sin aprender nada y nosotros quedamos amargados por la incapacidad de transmitir nuestro caudal de conocimientos (?).

Habría que agregar una reacción en cadena que muchas veces estos pergenios producen entre la mamá, el papy, la abuela y las tías, etc. Me explicó:

En cualquier momento, el chico hace una pregunta a la abuela; — “Abuelita, ¿Qué es un microbio?”

— “¡Ay! no sé de esas cosas, pregúntale a tu padre”.

El mocoso no obedece y le pregunta a la mamá.

Respuesta:

— Su nombre lo dice, es un animal pequeñísimo, microscópico, a la simple vista no se ve.

El cabro no dice nada, pero en la comida le enchufa la preguntita al papá:

— “Papy, ¿qué es un microbio?”

Resultados previsibles:

1. El papá le da la respuesta adecuada o queda como el forro.

2. La madre se molesta porque han puesto en duda sus conocimientos; si el papá no se la pudo, dejará clara constancia, y por escrito, de que ella sabe más.

3. La abuela reclamará el porque el nieto no le hizo caso y le preguntó directamente al papá y no a la mamá.

4. La mamá se molesta con la suegra, etc. etc. etc.

Sin embargo, ellos, gracias a Dios, nunca tienen problemas! esos son nuestros. Recuerdo que cuando mi hijo mayor estaba en tercera preparatoria (así se llamaban antes), en una ocasión, le pregunté por sus estudios:

— “Hijo, ¿cómo te ha ido en aritmética?”

— “Bien papá!”

— “¿En castellano?”

— “¡Bien papá!”

— “¿En historia?”

— “¡Bien papá!”

Estos ibién papá! salían todos iguales y como viejo pillo le hice la última pregunta:

— “¿Y en trigonometría?”

— “¡Bien papá!”

